

Manifiesto de lo subjetivo^{*}

*Carlos Fernández Gaos^{**}*

*Asómate a la vergüenza
cara de poca ventana y
dame un poco de sed,
que vengo muerto de agua.*

COPLA ANÓNIMA DEL SIGLO DE ORO ESPAÑOL

La copla que utilicé como epígrafe de mi intervención en esta presentación, la evoqué, en primera instancia, por la coincidencia, meramente gráfica, de las dos primeras líneas con la ilustración que aparece en la portada de este libro. Sin embargo, reparando un poco más en el porqué de ésta en particular y no cualquier otra de las que podrían haberseme ocurrido, me parece que es en virtud de la impresión general que la lectura del texto me produjo, y que se refiere a la audacia de los autores en arriesgarse en el trabajo y la investigación de un tema tan oscuro, difícil y espinoso, como lo es el de la subjetividad, y que tiene el efecto de avivar más nuestras sed de nuevas preguntas al respecto, y alejarnos de la mortífera inmovilidad a la que condenan los estigmas que el enfurecido y tiránico discurso de la cientificidad hace caer sobre todo lo que a este tema concierne.

La historia toda del pensamiento, podemos referirla, en última instancia, a las maneras en que se han gestionado, con confrontaciones

* Reflexiones y comentarios suscitados por el libro: *Tras las huellas de la subjetividad* (Isabel Jáidar, Lilia Esther Vargas, Lidia Fernández, José Perrés y Margarita Baz. Cuadernos del TIPI, UAM-X, 1998).

** Psicoanalista. Miembro Activo del Círculo Psicoanalítico Mexicano. Profesor-Investigador en la UNAM-Iztacala (Programa Subjetividad y Sociedad).

de todo tipo, o sin ellas, las posibilidades de enunciar y los términos en que ello se hace, las preguntas que atañen a las condiciones mismas de lo humano. Es indudable que entre los resultados más sobresalientes de estas gestiones, está el lugar prominente que hoy ocupa la ciencia. Uno de los productos más refinados y ensalzados por la sociedad contemporánea.

Todavía en nuestros días la ciencia positiva, su método y su filosofía, modelada por las ciencias duras, constituyen, a su vez, el modelo a seguir en la búsqueda de todo tipo de respuestas, lo que, desde luego, condiciona también la manera de enunciar las preguntas. Éstas últimas tendrán que ser formuladas de acuerdo con las coordenadas que, para esta ciencia, demarcan el terreno de lo inteligible, objetivo e inequívoco, dejando de lado todo lo que de subjetivo portan. En otras palabras, tendrán que alienarse a las disposiciones de la razón científica, si es que han de ameritar algún tipo de respuesta válida, pero al precio de convertirse en otra cosa.

Las necesidades humanas se piensan ahora en términos de la oferta de satisfactores que existen en el mercado, y aunque es cierto que estas opciones tienen un cierto grado de eficacia para resolver algunos de los problemas para los que fueron diseñadas, son portadoras de otros, derivados tanto de su sofisticada elaboración tecnológica, como de la lógica y premisas con las cuales se formulan. En suma, en las circunstancias en las que actualmente nos movemos, se nos ofrece primero los remedios, a través de los cuales hacemos el diagnóstico de nuestras necesidades.

La racionalidad científica, comporta una visión del mundo que pretende imponerse como si fuera el producto de una realidad que, a su vez, se impone por sus propios fueros. Así, su lógica, sus métodos, sus instrumentos, se ajustan a esta visión, haciendo aparacer a su razón como el desarrollo más logrado del pensamiento. Y es desde este lugar de pensamiento constatado, que desprecia lo que cae fuera de su mundo. Sin embargo, este desprecio no basta para acallar lo que otras visiones reivindicán para sí. Éstas, leales a los deseos que las movilizan, hacen de su lugar desacreditado, signo de la limitación inherente a

todo intento de absolutización, abriendo preguntas inéditas que ponen en cuestión a la ciencia misma.

Esto subjetivo, condenado por el discurso de la ciencia empeñada en hacer la apoteosis de lo objetivo como sinónimo de verdad, fundándose en el rigor de un método que se ostenta, a su vez, como la verdad conquistada por la razón, es, sin embargo, una dimensión inherente a toda reflexión. Al estigma de su no científicidad y, por tanto, de falsedad, con el que se le ha señalado, se le agrega el de ser emblema de todo aquello que atenta contra la marcha progresiva de la historia y la civilización.

Pero no sólo desde el discurso de la ciencia es que ha sido condenado lo subjetivo. En la vida cotidiana del hombre común, permeada de ciencia, gracias a la consagración oficial que de ella han promulgado las instituciones erigidas con su nombre, se lo consigna como opinión o valoración personal y se le asigna, en el mejor de los casos, el lugar de lo incierto; de algo que debe esperar a ser legitimado, no por los argumentos propios, las reflexiones personales, ni por las experiencias individuales, sino por el resultado del sometimiento de todo ello al imperio de una razón que, si no atribuimos a deidades o a inmanentismos universales, no está sustentada más que en el poder que la instituyó. Mortífera lógica que pretende que, para que lo que se dice, o lo que se haga, sea digno de algún crédito, no debe provenir de una persona, sino de un discurso que la desconozca como tal.

Es evidente, que la razón humana puede extraviarse hasta el punto de creer que ha alcanzado su verdad. De ello da fe esta razón científica, que anuncia su método como la garantía única de obtención de un saber veraz acerca de lo que ella llama realidad que, por cierto, siempre se le insinúa un poco más allá de lo que sus sofisticados dispositivos técnicos y conceptuales le permiten ver. Como si no hubiera proyección humana en la concepción misma de lo real; de lo exterior; de los hechos. Como si esa realidad estuviera compuesta de entidades unitarias constituidas por sí mismas al margen de las actividades humanas que las conciben como tales. Habría que entender que hasta el más simple de los llamados datos, requiere de una teorización que

los convierta en tales, o, parafraseando a Bachelard: “que el microscopio más que ser una extensión del ojo, lo es del espíritu”.

Pero, ¿a nombre de qué razón insolente se critica a la racionalidad científica? ¿no es ésta la misma soberbia de la que se le acusa, pero ahora proveniente de lo subjetivo? ¿Qué autoriza a lo subjetivo a ser juez del mayor logro de la razón humana? ¿En qué régimen de verdad se sustenta?

El juicio que lo subjetivo hace a la ciencia, es a su pretendida verdad, a su absolutismo, a tratar de hacer pasar como producto del pensamiento lo que es del orden del poder. Sin embargo, no es un juicio formulado desde una razón superior, ni con la pretensión de un mayor acercamiento a la verdad; a la realidad, a la que la ciencia aspira, sino la afirmación de un régimen en el que esa verdad no tiene cabida; el desenmascaramiento de la única gran verdad que profiriera Lacan: que no hay verdad sobre el saber y que es de esta única verdad de lo que la ciencia no quiere saber. Así, éste es el régimen de lo subjetivo, su razón y su lugar. Con este sólo enunciado, certifica su presencia al mismo tiempo que denuncia las razones, llámense éstas políticas, ideológicas, etc., que, encubriéndose con el resplandor del supuesto desarrollo del intelecto humano, le han dado a la ciencia su lugar privilegia.

¿Qué es eso subjetivo de lo que se habla, cuando todo lo que hay son huellas, vestigios, rastros? Términos, todos, que los propios autores, en la introducción de este libro, hacen equivaler. La metáfora que da título a esta obra, *Tras las huellas...* sugiere que algo, más allá de las huellas en las que se fija la mirada y/o la escucha, puede ser acotada; la subjetividad. Pero, ¿qué es eso que sólo puede ser captado como una suerte de inferencia? ¿Qué y cuál es esa huella que se ve? ¿Qué relación tiene con lo que motiva mirarla? ¿Qué premisas y que propósitos guían el rastreo? ¿Se tratará de dar cuenta de ese algo que dejó las huellas que ahora se ven, o, más bien, de como pudieron producirse las huellas mismas? ¿Esas huellas son, en rigor, algo producido por otra cosa, o, son una producción de la mirada misma; de la escucha? ¿Cuál es, pues, el estatuto que tiene eso de lo que se quiere dar cuenta? Estas preguntas, entre otras muchas, si bien las

formulo de un modo personal, motivan las reflexiones e investigaciones que, a lo largo y ancho de más de 20 años, han hecho los autores.

Las huellas sólo pueden identificarse como tales si, simultáneamente, se tiene noción de lo que no son huellas, o, lo son, pero de otras cosas. La huella porta, entonces, un cierto sentido prefigurado, por muy rudimentario que sea. De este modo, la mirada; la escucha, parece volverse hacia sí misma. Es una mirada que se ve viendo algo que, al mismo tiempo, es también su producto; es una escucha que se sorprende escuchándose también en lo que otro dice. De lo que hay que dar cuenta, entonces, no es de eso que está ya en otro lugar y que a su paso dejó sólo rastros que, como exterioridad, lo mismo podrían ser acotados por la mirada de cazadores o preservadores, de arqueólogos, antropólogos, sociólogos, historiadores, de lingüistas, etc., dependiendo de cuáles sean sus intereses. Lo subjetivo, la subjetividad, así, como exterioridad, no está en ningún lugar diferente al del rastro que dejó, no es como un animal al que con el rastreo de sus huellas, acabaríamos por atrapar, sólo hasta aquí puede acompañarnos este primer sentido que le hemos dado a la metáfora, sino contenida en el rastro mismo e implicada en el proceso de construcción de un eso que hace rastro, en la configuración de las miradas que lo constituyen en tal. Es éste un lugar de convergencia de todos los autores.

Cada disciplina verá y escuchará lo que su propio discurso construyó como visible y audible, esto es, le imprime sus propias huellas; pisa sobre el rastro. Las miradas posibles son, entonces, múltiples, es por ello que, si la subjetividad se propone como objeto de estudio en sí misma, se vislumbra como un abordaje necesario, ya sea la multiplicidad referencial, la multidisciplinariedad, la transdisciplinariedad, o cualquier otra artimaña que pueda producirse. Sin embargo, a pesar de la intención exahustivizante de estas propuestas, y aún en la disposición de asumir la titánica tarea de llevarlas a cabo, sus límites están, reconocidamente, trazados de antemano, puesto que los discursos teóricos mismos, en tanto dejan marca, tienen que ser seguidos en su genealogía, en los avatares de su producción como saberes, en su formalización, su socialización y su institucionalización, y no sólo

en aquello de lo que hablan, sino de las formas en que lo hacen, no sólo en lo que dicen y cómo lo dicen, sino también en lo que callan, no sólo en la congruencia de sus reflexiones, sino también en sus inflexiones e incongruencias, no sólo en sus determinaciones internas como saber, sino también en sus condicionantes histórico sociales.

Ahora bien, si lo subjetivo está contenido en los despliegues discursivos, está también oculto tras ellos. Y esto vale tanto para aquellos que emanan del objeto de investigación, como para las teorizaciones y métodos que lo constituyen como tal. Permítaseme, de paso, afirmar que éste es, cabalmente, otro de los sentidos del título de esta obra y que se encuentra profundizado en cada uno de sus trabajos, esto es, que alude a lo que se encuentra detrás de las huellas que son los discursos mismos, pero no detrás sólo en el sentido temporal de una historia ya acontecida, sino como desvelamiento de lo que de ella permanece, y que se refiere tanto a la historia singular, como a la colectiva, a la de las ideas, como a la de la vida cotidiana, etc. El rastreo, el acecho, la pesquisa, en fin, las prácticas investigativas, que sugiere el término “tras”, son el recurso para la acotación posible de una génesis de las huellas, pero también son portadoras de los dispositivos que dan cuenta de lo que las sostiene, incluidas, desde luego, las producciones de sentido que participan en la configuración particular de la huella, forzando un poco más la metáfora, tanto como los que sostienen las producciones discursivas que las desvelan.

No se trata de una mera historiografía, como elocuentemente lo dejan ver los trabajos incluidos, a no ser que la historización se entienda a la manera de Peter Gay: “Abarcar la experiencia histórica en todas sus dimensiones requiere unir actitudes históricas y técnicas tradicionales con el esquema psicoanalítico de la naturaleza y la evolución humana, cada una inspirando y criticando la otra”, y añadiría yo, sin olvidar la historización, en este mismo sentido, del propio historiador. Los discursos, tanto del objeto como de la teorización que lo construye son, como dice Michel de Certeau refiriéndose a las concepciones del tiempo y de la memoria en la relación del psicoanálisis con la historia,

producciones en las que “la conciencia es a la vez máscara engañadora y la huella efectiva de acontecimientos que organizan el presente”.

Así enunciada esta problemática de la subjetividad, no pasa inadvertido para nadie, la profunda importancia del discurso psicoanalítico, pero cabría preguntarse si el estatuto que guarda el discurso de esta ciencia, disciplina, o arte, como prefiera designársele, resulta privilegiado con respecto a los discursos de otras. La respuesta, a partir de los trabajos de este libro, tendría que ser sí. Y no por el sólo hecho del área disciplinaria de su inscripción como tema, sino porque, muy suscita y esquemáticamente expuesto, deja hablar al sujeto. Premisa fundamental a partir de la cual los autores dejan entrever, explícita o implícitamente, los obstáculos y limitaciones que, para este propósito, impone los requerimientos inherentes a toda institucionalización, en este caso, en cuanto a las nociones de saber y de lo transmisible, el lugar que estas ocupan en las prescripciones de las modalidades de investigación y el reporte de sus resultados, en la naturaleza y modalidad de las formalizaciones de una propuesta curricular, etcétera.

Al respecto de esto último, y con esto termino una reflexión que atañe a la función de nuestras universidades. No me cabe duda que, sobre todo en las actuales circunstancias, es más vital tener sed que morir de agua y este libro es inyección de vitalidad. Vitalidad que es la misma a la que una famosa psicoanalista invoca en una elocuente frase que encuentra toda su pertinencia en este contexto, aún cuando fue proferida para hablar de la formación de psicoanalistas. “La enseñanza llega a su fin en el momento en que el analista (la institución) se engeguece acerca del deseo (propósito) que lo(a) pone en esta función; más allá del saber se colocará al servicio del poder y la verdad se volverá señuelo”.